

Teresa y las pasionarias



Entre las amigas más amigas de Santa Teresa de Jesús, están las pasionarias. Desde que de niña oyó hablar de ellas, desde que le enseñaron las primeras, la pasionaria es la flora más querida de Teresa de Jesús. Así tenía que ser, toda una predestinación. Ella había venido a este mundo, a encontrarse con Jesús, a llevarlo en su nombre, a guardarlo en su corazón. A la hora de ofrendarle una flor, algo puro y bello de la naturaleza, Teresa se acuerda de una: la pasionaria. Da gracias a los campos de su hallazgo, la busca en los lugares más inesperados, la halla siempre, y en sus manos queda, como una eterna contemplación. Me gustaría verla, para solazarme en este recuerdo, humildemente doblada, a través de los estrechísimos caminos, que solamente dan paso a una pisada, tantas veces convergentes en otros, todos hacia un horizonte inalcanzable. De paso a tantos sitios, siempre tendría tiempo de coger su pasionaria, de arrancarla con cuidado, y así tener, bien cerca los atributos de la Pasión del Señor: la Pasión hecha flor. Y en sus caminatas, ir meditando sobre la propia flor, ir rezando, a la vez que la contemplaba, naturaleza misteriosa, dádiva del Señor. Así que corto se hacía el camino, qué llamada tenía el paisaje florecido. Los muros de aquella iglesia abandonada, de tejas rojas que al sol lucían, estaban poblados de pasionarias. Hasta las flores, con su sentimiento, buscaban la compañía del Señor. Teresa mandaba parar su carro, cosechaba su gavilla, que

ofrendaría a Jesús Sacramentado. Otras veces, las cogería a los pies de un crucero, o bajo las encinas, que escuchaban impertérritas el griterío de tantos insectos. Aquella tierra que las daba, era su tierra de labranza, labradora espiritual de mil esperanzas. Cuantas veces las cogería en las faldas de sus murallas, entre los peñascos que las cimientan. Cuántas veces saldría sola, del monasterio de la Encarnación, y regresaría acompañada de flores, meditando el morado de sus colores, pensando en dárselas a su Amcr. En La Mancha, llanuras confundidas con infinitos deseos, cuántas veces descansaría a la sombra de castillos. Cuántas veces las pasionarias, calladas, le hablarían un lenguaje divino. Cómo interpretaría Teresa sus brillos, su natural amatista, llamándola a la humildad y a la penitencia, desde sus vivas tonalidades y coloridos.

En este año, siguiente a la conmemoración del IV centenario de su muerte, las pasionarias volverán a los campos, a los lugares más olvidados; pero nosotros, jamás nos olvidaremos de ellas, flor de la Pasión predilecta de Teresa. Este año iremos nosotros a su encuentro; cogeremos las más tiernas, haremos un ramillete. Se las daremos a Teresa. Los pies del Señor están ensangrentados, violáceas sus carnes. Hasta lloran los ángeles.

—Ten, Teresa.

LUIS ROMAY G. ARIAS